

Alvaro Hoppe, "El ojo en la historia" de Gonzalo Leiva Quijada, Colección Imaginarios, 2003. 142 pp.

El título del libro del profesor Gonzalo Leiva, *Alvaro Hoppe, "El ojo en la historia"*, nos pone de inmediato en contacto con el eje que articula el tema, la mirada fotográfica y su relación, en este caso, con la imagen y con el sentido histórico.

Se trata de una obra que habla de un fotógrafo y de su capacidad de registrar la realidad o por lo menos "su" realidad, a través del encuadre y del lente y mediante la subjetividad de su observación y selección.

Pero Gonzalo Leiva no sólo analiza e interpreta el trabajo fotográfico de Alvaro Hoppe, como registro de una época, sino que en sus capítulos, y con un lenguaje directo y claro, entrega ideas fundamentales sobre los elementos simbólicos y significativos que subyacen y se manifiestan en la imagen fotográfica en general y en las de este fotógrafo, de manera particular. El autor del libro nos entrega acercamientos al mundo de la percepción visual, a los procesos de relación de la imagen con los códigos visuales, a un sutil análisis de los aspectos icónicos y a los intrincados caminos de la comunicación. Todo ello hace de esta obra un necesario texto de estudio para la comprensión de los fenómenos visuales de la fotografía.

Alvaro Hoppe, "El ojo en la historia" es uno de esos libros que dice y muestra; por un lado presenta un contenido académico, mediante el análisis y la enseñanza, por otro lado entrega un rico repertorio de imágenes, las que son el motivo de dicho análisis.

Acertada resulta la elección de fotografías, que ya son la selección del instante por parte del fotógrafo, y acertado también resulta el ordenamiento de éstas en los capítulos del libro, ya que articulan los temas, enfatizan la mirada o el interés de la mirada del fotógrafo y hablan de un sentido histórico, que es en definitiva la instancia de estudio e interpretación que hará, en algún momento, la Historia.

Mediante el juego de la luz y la sombra, del contraste de las masas, de las miradas inusuales y de las angulaciones escorzadas, las fotografías de Hoppe nos hablan de un mundo que a veces vemos, que por fugaces segundos captamos y que el ojo del fotógrafo captura para siempre. "La fotografía hace visibles infinitas cosas que el ojo humano, menos exacto, no puede captar", nos recuerda Giulio Carlo Argan, porque "es más riguroso en registrar todo aquello que entra en su campo de visión, en un punto determinado, ya que carece del movimiento permanente que se da en la visión humana, y que hace que uno esté adecuando el punto de mira constantemente". El proceso fotográfico, el acto de registrar el mundo que rodea en ese instante al fotógrafo, permite congelar esa fugacidad, propia de nuestra modernidad. Eso permite registrar un acto cotidiano e intrascendente y transformarlo en imagen heroica, irónica, trágica o caricaturesca; permite convertir una mirada distraída en mirada vacía, lejana o viva.

Podemos decir que la instantaneidad de la fotografía crea imágenes eternas de momentos fugaces.

La imagen que Hoppe devela, y que Leiva selecciona y estudia, es parte de ese imaginario que crea realidades. Es lo propio de un creador. En este caso, la imagen de una época, la imagen que construye ciudades, la imagen que identifica un rostro y que son, al decir de Leiva, las "relaciones que van definiendo intereses y compromisos del fotógrafo". A juicio de Leiva, en esa mirada, y en el registro que ella hace, no sólo se crea un mundo visual, sino que se forja un sentido estético, propio de su autor, que lo acerca a un determinado estilo en el acto artístico.

No debemos olvidar que el proceso de la creación de una obra surge con el deseo de expresar metafóricamente o selectivamente la realidad y se convierte en síntesis formal a través de los lenguajes visuales; y que esos lenguajes, esa manera de componer la obra, de proyectar la espacialidad, de hacer dialogar la figura con el fondo, de generar líneas dinámicas a través de un ritmo, en fin, de valorar pesos visuales, crean un ideal de belleza, un sentido estético. Los lenguajes visuales, cualquiera sea el soporte en el que se manifiestan, sustentan un concepto que inicialmente es propio del creador, porque subyace en él su mirada del mundo, su visión del ser humano, sus preguntas y respuestas condicionadas o encauzadas por el mundo en el que vive y que lo modela; pero a la larga este sesgo de individualismo es superado, constituyéndose en sentidos estéticos valorados, asumidos y vividos por otros. La mirada privada, íntima y personal deviene en mirada pública y colectiva. La estética personal colabora en la construcción de la estética de una sociedad.

Las imágenes que Leiva selecciona de la mirada de Hoppe son, sin duda, reflejo de la estética de una época y de una sociedad.

Aquí, lo que constituye el concepto de belleza es la estética de la ciudad; como tal, con sus rincones y espacios registrados y recordados, y como lugar de encuentro, de citas fugaces eternizadas. Es decir, es la estética de nuestra trama urbana, "abierta y enaltecida, espacio transitorio y fragmentario, bullente de vitalidad, nostalgias y sueños", como dice Leiva.

Nuevamente debemos recordar la precisa opinión de Giulio Carlo Argan cuando rechaza por inconsistente la hipótesis de que la fotografía reproduce la realidad como es, y que el objetivo es un ojo imparcial, "también el fotógrafo manifiesta sus tendencias psicológicas al elegir sus motivos, al colocar e iluminar los objetos, en los encuadres y en los enfoques".

La estética del fotógrafo de una época se manifiesta en la obra como tal, y siguiendo a Argan, se refleja en los encuadres, en los enfoques y en las luces. Tras esa imagen propia, personal y única, subyace un elemento que a juicio de Leiva es fundamental para entender la obra de Hoppe, y tras ello, su marca, su sello "autoral"; nos referimos al permanente contrapunto potenciado en su mirada fotográfica. Si la sociedad de la época vive el contraste, el fotógrafo lo registra mediante el permanente juego de "los contrarios". El contrapunto simplemente tensiona la obra, la hace dinámica, la hace eternamente activa. Este alcanza un espacio propio y establece una estrategia estética específica, un eje que articula la imagen producto creativo 'Hoppe'... El contrapunto esta también presente en la construcción de imágenes con escorzos y vidrios rotos en

primer plano que expresan dichas contradicciones de un modo metafórico entre lo de adentro y lo de afuera".

Gonzalo Leiva manifiesta el sentido histórico de las fotografías de Hoppe en al menos dos aspectos; el primero, la importancia de la fotografía como registro de una época, y volvemos a insistir, el registro subjetivo, poético y metafórico del fotógrafo. Interpretar la sociedad de una época a través de su registro visual permite sondear en el espíritu de la época, la dinámica que mueve a una sociedad. Lo hizo Behn Shan en la Gran Depresión del 1930, en Estados Unidos, lo hizo Cartier Bresson en la Francia de posguerra. La fotografía de Hoppe permite develar una parte de la historia más reciente de nuestra nación.

Según Leiva "el documento fotográfico que aporta el autor, tanto por sus referentes históricos como por su capacidad intertextual, constituye una construcción de lo real chileno".

Este registro convoca-evoca una historia personal, marcada por la "huella dura" del inconsciente colectivo, que con el correr del tiempo se diluirá, por lo menos en sus aspectos más vivenciales (...yo lo ví, yo lo viví, yo estuve ahí..., inevitablemente desaparecerá con la ausencia del protagonista y del testigo), pero quedará como testimonio de una verdad, que trasciende el tiempo y se constituye en lenguaje, en mensaje, en texto (...esto que vemos pasó, sucedió). Ese texto es lo que queda como documento histórico, como fuente... "el ímpetu y la pasión depositada por Hoppe en sus imágenes, tiene tal energía vital que solo una cierta vehemencia hace comprensible el acto fotográfico: la captura visual donde, el autor en sus contenidos ironiza, reflexiona y solidariza con las víctimas." El sentido histórico de la imagen hace que la anécdota desaparezca, dando paso al mensaje trascendente y universal. Recordemos por un instante a Goya.

El otro aspecto que observa Leiva como sentido histórico de la fotografía, en estas miradas de Hoppe, tiene que ver con la creación de los imaginarios y los códigos de estética de una sociedad: "la realidad fijada e inmodificable por la fotografía es un productor de esquemas mentales, es decir, se reconoce en la rigurosidad de la imagen fotográfica un poder influyente en la conformación de impresiones, opiniones e ideas".

Un factor muy destacado en el condicionamiento del ser humano es nuestro entorno visible, el ámbito visual que nos rodea: qué y cómo vemos y de qué manera interpretamos o entendemos eso que vemos. Decimos que es recíproco porque tanto condicionamos al mundo con nuestras propias elecciones, como éste, con sus estructuras, nos condiciona. Así, vemos lo que el mundo quiere que veamos y al mismo tiempo se nos presenta con determinados aspectos que nosotros le hemos dado.

La "visión de mundo" y la manera cómo vemos constituye, o al menos define, a una sociedad; porque el lenguaje visual depende de imaginarios colectivos interrelacionados. Y en este sentido la fotografía de Hoppe se articula en ese acto recíproco. Crea un imaginario, un modo de ver la realidad, registrando al mismo tiempo el entorno visual de la sociedad que a su vez modela su mirada de fotógrafo. Quizás, el mejor análisis se deba hacer leyendo los signos que están en las imágenes. El fondo de las fotografías de Hoppe entregan el mundo visual, el imaginario colectivo de esa sociedad registrada por el lente. Y ahí se observa vivo, para siempre, el concepto de belleza de una época.

Finalmente, Gonzalo Leiva se aproxima a la estética de Hoppe, precisando los diversos aspectos que constituyen su mirada creativa y su discurso visual. En este punto, como lo decíamos al comienzo de esta reseña, es necesario destacar el aporte de Leiva, porque en su interpretación se entregan instrumentos básicos para tipificar el acto fotográfico, y así establecer criterios serios de análisis estéticos y sociológicos, tan necesarios en nuestro emergente ambiente académico de investigación, crítica e historia de la Fotografía.

Marcelo Rodríguez Meza

Escuela de Diseño

Universidad Tecnológica Metropolitana